

*Los Paisajes Invisibles*

Eduardo Pavez Goye

# I

Algunas personas nacen con la fortuna  
de no querer pegarse un tiro.  
Me dije a mi misma:  
"si cumpla treinta y cinco  
y mi vida sigue igual que ahora,  
el día de mi cumpleaños  
me voy a volar la cabeza con una escopeta".  
Eso fue cuando llegué a mi departamento,  
a los veintidós.  
Ahora tengo treinta y cuatro  
y mi vida sigue tan parecida  
que ni siquiera he comprado la escopeta.  
Es que no tengo tiempo.  
Trabajo todo el día  
y los años se amontonan en los rincones,  
confundiéndose.  
Algunas personas tienen suerte  
y nacen con una buena estrella,  
mientras a otras les llueve encima todo el tiempo.  
No se trata de querer ser alguien diferente  
sino de aceptar las injusticias  
abrazar el hecho que algunos nacen sonriendo  
y viven felices,  
mientras que otros  
nos cansamos de andar con un paraguas por la vida  
todos los días del año.

## II

Que sorpresa encontrarnos aquí,  
me dijo Fernando.  
Pero,  
claramente,  
la sorpresa no era muy grata.  
Me dijo que estaba de vuelta en Chile,  
le dije que me daba cuenta.  
Me dijo que tenía un hijo pequeño  
Tobías.  
Me lo presentó.  
Era un niño precioso de cinco años,  
con el pelo castaño y ojos azules.  
No te preocupes,  
no le tiene miedo a los perros,  
me dijo.  
Bombero y Pirata estaban olisqueándolo  
y él les hizo un cariño torpe, de niño, en el lomo.  
Me contó que Tobías era muy buen alumno,  
que estaba en el taller avanzado de matemáticas.  
Yo creo que va a ser ingeniero,  
me dijo.  
Pensé en decirle  
que ser ingeniero es lo más aburrido  
en la historia de la humanidad,  
pero no está bien visto prenderle fuego a una conversación.  
La convención es tener que juntar ideas y decir algo bonito.  
Él hizo su mejor esfuerzo  
por evitar todo tema que pudiese ser incómodo.  
Pero eso sólo volvió peor la situación.  
Como cuando le falta una pieza  
al puzzle que estás armando:  
sabes que le falta porque ves la ausencia de la pieza.  
Y esa ausencia la hace más presente.  
¿Por qué no me habló de su mujer?  
¿Por qué no me contó los motivos que lo trajeron de vuelta?  
¿Por qué no me dijo lo que pensaba de mí  
después de tantos años?  
¿Por qué no me preguntó lo que hacía?  
Es una historia inconclusa.  
Una serie de promesas  
dichas demasiado temprano  
y con demasiado entusiasmo.  
Nos conocimos siendo unos niños.  
Fernando.  
El compañero más guapo del colegio.  
Un buen tipo con buenas intenciones,  
enamorado de una jovencita

desesperada por vivir una vida diferente al resto.  
Éramos jóvenes.  
Estábamos hambrientos por saber quienes éramos.  
Llenábamos nuestros vacíos con todo lo que podíamos encontrar.  
Lo engañé.  
A Fernando.  
Fue una tontera de adolescentes.  
Le rompí el corazón.  
Fue en esa época delicada donde no te das cuenta,  
pero lo que haces marca de por vida a una persona.  
Dejó el colegio donde estudiamos y se fue a España.  
No lo volví a ver hasta ese día en que me sonrió,  
me saludó,  
hizo que su hijo se despidiera de mí  
y me preguntó si no era adorable.  
Completamente adorable,  
le dije.  
Nos despedimos con un abrazo torpe,  
me dio su tarjeta  
(una formalidad absurda),  
se subió a su vehículo,  
lo encendió  
y se perdió por la calle,  
conduciendo hacia la oscuridad de esa tarde de invierno.  
Lo vi perderse y me quedé en la entrada del colegio,  
con Bombero y Pirata,  
mis perros.  
Ellos se dedicaban a olisquear unas flores.  
Miré al cielo.  
Me cayó una gota en el ojo derecho.  
El cielo me escupía con desdén.

### III

La historia de Rosa Gómez Gómez  
comienza en Talca,  
al igual que la mía.  
La abandonaron de niña y se crió en las calles,  
como un perro.  
A diferencia de Rosa Gómez Gómez,  
a mí me crió mi madre.  
Pero ni Rosa ni yo conocimos a nuestros padres.  
Rosa vivió pidiendo plata por las calles de Talca  
y todos la conocían como “la huacha”.  
Mendigaba en la plaza y dormía abrigada de cartones.  
Aprendió a sobrevivir y juntaba todas las monedas  
en un tarrito de café.  
Juntó durante toda su niñez,  
hasta que tuvo lo suficiente para comprar un pasaje en tren.  
Llegó a Santiago a la edad de doce años.  
Mugrienta.  
Sola.  
Sin cartones sobre los cuales dormir  
y sin un peso en los bolsillos.  
Vivió mendigando por Estación Central  
Dormía cerca de los galpones abandonados de Matucana.  
Comenzó a hacerse amiga de los lustrabotas  
y uno de ellos resultó ser Don Tilo,  
cuyo verdadero nombre era José Benítez López,  
dirigente sindical venido a menos por el alcohol.  
Don Tilo se apiadó de la pequeña Rosa.  
Le enseñó a leer y escribir.  
Rosa, sin jamás ir al colegio,  
absorbió conocimiento a una velocidad impresionante.  
Devoró las primeras traducciones de Kropotkin y Marx.  
Y así, siendo aún una niña,  
y comenzó a atender  
a las reuniones sindicales junto a Don Tilo.  
Cumplió los dieciocho en 1897  
y la invitaron a formar parte de lo que sería la Unión Socialista.  
Rosa Gómez Gómez se había convertido  
en una joven revolucionaria,  
costurera,  
luchadora  
y comprometida con la causa.  
Era perfecta para ser parte del primer comité.  
Todos la veían como la hija adoptiva de Don Tilo.  
La invitaron a una reunión en una tienda de San Diego.  
“Vamos a unirnos”,  
fue lo primero que le dijeron.  
“Vamos a estar todos juntos en esto”,

le decían.

Esa tarde, Rosa salió de esa oficina de San Diego  
con la frente en alto.

Había pasado de ser una huacha  
abandonada en las calles de Talca,  
arrojada a la misma suerte que los perros callejeros,  
a ser una organizadora de la Unión Socialista.

Su vida tomaba forma.

Ahora,

la historia de Rosa no sería interesante  
para la Historia Universal

si no fuera porque ese mismo año,

en Octubre de 1897,

ella aprendería el verdadero significado de la injusticia.

Y, junto con ello,

el verdadero significado del miedo.

## IV

No se trata de gritar más fuerte,  
sino de dejar las cosas en claro.  
Cuando me dijeron que nunca iba a tener hijos,  
me puse a llorar en la consulta del médico.  
No entiendo muy bien si fue por impulso o qué,  
pero la cosa es que lloré como nunca.  
La enfermera me trajo un vaso de agua  
y por algún motivo me puse a pensar  
cuánto de su trabajo será ser enfermera  
y cuánto será ser secretaria.  
Pensé en los pacientes con cáncer  
o enfermedades terminales,  
y me imaginé a la enfermera trayendo vasitos con agua.  
Una mierda de vasito.  
El vaso plástico es el resumen de la tristeza.  
Un objeto desechable,  
diseñado para ser consumido una vez,  
en una sola porción  
y luego ser abandonado en la más horrible soledad.  
El médico me dijo que había tratamientos.  
El médico me dijo que la ciencia avanzaba.  
El médico también me dio los porcentajes.  
Lo que el médico no sabía es que,  
en ese momento,  
yo no lo estaba escuchando.  
Pensaba en el vaso,  
en la enfermera,  
en mis ovarios que no funcionan,  
en los pacientes a punto de morir  
y en el valor de la consulta.  
Especialmente en el valor de la consulta.  
Salí de la clínica y me senté en unas bancas de plaza.  
Llamé a mi mamá y le conté.  
Se puso a llorar.  
Yo no lloré,  
pero ella apenas me dejaba hablar.  
Era como si me hubiese muerto.  
Lo cual,  
en parte,  
era cierto.  
Mi madre nunca sería abuela.  
No me dejaba hablar así que terminé subiendo la voz.  
Le dije que estaba triste pero no sabía por qué.  
Le dije que tenía que pensar un poco.  
Le dije que quería contarle y por eso la llamé,  
pero que no tenía ninguna solución a lo que estaba pasando.  
Le dije que no se preocupara.

Comenzó a hablar encima de mis palabras.  
Levanté la voz otra vez.  
Le dije que yo iba a estar bien.  
Sí sé, ¿pero cómo voy a estar yo?,  
me gritó.  
Fue entonces cuando la entendí.  
No se trata de gritar más fuerte,  
sino de comenzar a dejar las cosas en claro.  
Porque mañana el mundo va a seguir siendo el mismo.  
Seguirá girando a su velocidad habitual.  
La gente seguirá viviendo su vida.  
Pequeños actores en un escenario enorme.  
Y yo,  
cansada,  
me voy a despertar con el mismo sueño  
y la misma pena.  
Jugar al gastado ritual de seguir adelante.  
La inercia.  
Los vasos plásticos.  
Todo lo que desechamos en la vida.



## V

Tenía dos perros.  
Vivo cerca del Santa Lucia,  
en un departamento antiguo y pequeño.  
Tuve a mis dos cachorros metidos en un espacio  
donde los tres apenas teníamos lugar para movernos  
sin tropezar con el otro.  
Dormía junto a mis bebés gigantes.  
Me despertaba junto a mis perros,  
comía con ellos  
y hacía mi vida a su alrededor.  
Éramos tres seres vivos tropezando todo el tiempo.  
Lo que quiero decir es que no eran perros pequeños.  
Eran dos grandaneses.  
La historia completa es que un día,  
afuera de mi departamento,  
dejaron una caja con dos cachorritos.  
Una caja de cartón.  
Dentro de ella había un perro negro y otro gris.  
Apenas hacían ruido.  
Moribundos.  
Hambrientos.  
Ni siquiera tenían fuerzas para llorar.  
Miré la caja un rato largo,  
pensando si cerraba la puerta o no.  
¿Quién la había dejado ahí?  
¿Qué podía hacer con eso?  
Yo estaba recién en mi primer trabajo.  
Apenas tenía plata suficiente para llegar a fin de mes.  
¿Cómo iba a alimentar dos cachorritos?  
Pero son esas decisiones que no se toman con la cabeza.  
El corazón gritó más fuerte y,  
de pronto,  
me vi a mi misma entrando al departamento  
con dos perritos en una caja.  
¿Qué otra cosa podía hacer?  
Los entré,  
les compré comida,  
los arropé.  
Estaban temblando.  
Eran dos seres abandonados al mundo.  
Dos soledades absolutas jugando a hacerse compañía.  
Sin padre,  
sin madre,  
sin hogar,  
sin esperanzas.  
Soy todo lo que tienen,  
pensaba mientras les daba su primera mamadera.

Dos seres que llegaron al mundo a morir,  
a menos que yo hiciera algo.  
No tuve las fuerzas para abandonarlos.  
No podía cargar con su muerte.  
Los bañé y les di amor.  
Los crié como mis hijos.  
Dos hijos que no eran mis hijos.  
Viví con ellos durante casi ocho años,  
hasta que uno de ellos,  
el Bombero,  
el negrito,  
se enfermó.  
Ahora ya no somos tres en el departamento.  
Quedamos dos.  
Tenemos más espacio.  
Curiosamente,  
también tenemos un vacío.  
Yo no sé qué hacen otras personas  
cuando pierden a una mascota,  
pero la pena es tan grande  
que no pude levantarme ayer.  
El Pirata,  
mi otro perro grande y gris,  
duerme a los pies de mi cama.  
A veces se levanta por la noche y da vueltas por la casa,  
registrando los rincones donde dormía el Bombero.  
Tenía ganas de explicarle que no iba a volver.  
Que se había muerto.  
Que no es culpa de ninguno de nosotros.  
Decirle que yo también lo echo de menos  
y que si me pongo a pensar en eso  
me duele el corazón.  
Pero es solo un perro.  
No me va a entender.  
Entonces,  
si es solo un perro,  
¿por qué lloraba tanto su pérdida?

## VI

Entonces, estaba diciendo antes que  
Rosa Gómez Gómez se convirtió en parte importante  
del comité central de la Unión Socialista.  
La inauguración de la Unión estaba prevista para el 17 de Octubre.  
Sin embargo, ocho días antes  
decidieron hacer un acto para iniciar las actividades  
y anunciar la formación.  
Rosa Gómez Gómez debía leer una carta  
José Benítez sería el encargado de leer la planificación  
y Carlos Ibacache presentaría unas canciones con guitarra.  
El acto estaba planificado para las cinco de la tarde.  
Entonces, cuando ya eran las cuatro y media,  
un grupo de doscientas personas  
llegaron armadas con garrotes.  
Habían sido enviadas por las autoridades.  
Su misión era golpearlos a todos.  
Los burgueses,  
rabiosos,  
presentaron su mejor plan:  
hacerlos sangrar a golpes.  
La policía no los defendió.  
Dio un paso al lado y observó el espectáculo.  
Rosa vio a sus amigos ser masacrados en el suelo.  
Recibió un garrote en la cabeza y cayó inconsciente.  
El resto de la jornada fue horror, sangre  
y una golpiza que la historia se ha encargado de hacernos olvidar.  
Rosa despertó al día siguiente.  
Fue entonces cuando le dieron la noticia:  
José Benítez López,  
Don Tilo,  
fue alcanzado por un garrotazo que le costó la vida.  
Se desangró en la cuneta.  
No hubo funeral de Estado para él.  
No hubo culpables.  
No hubo juicio.  
Murió solo, tirado en el piso como un montón de basura,  
pisoteado por sujetos ciegos de ira.  
Fue entonces que Rosa sintió la imperiosa necesidad de irse.  
No podía seguir en este país.  
Vendió lo poco que tenía,  
juntó todos sus ahorros  
y se largó a Francia,  
sin saber hablar francés.  
Llevo consigo la ropa que tenía puesta  
y dos sombreros.  
Uno para estar en casa y otro para salir.

## VII

Hoy me detuve frente a un teléfono público.  
Hace años que no uso uno.  
Ahora son como piezas de museo.  
Objetos de una época  
en que las personas estaban desconectadas.  
Hoy la soledad se disfraza de compañía.  
De fotos en fiestas,  
vacaciones,  
matrimonios.  
Se disfraza de vidas interesantes.  
Los teléfonos públicos  
obedecen a la era en que la soledad  
era transparente.  
Sincera.  
Revisé mis bolsillos y encontré la tarjeta de Fernando.  
Pensé en llamarlo.  
Pensé en preguntarle cómo estaba.  
Pensé que era una estupidez, también.  
¿Para qué?  
Sería dedicarse a levantar muertos.  
Amores antiguos.  
Antiguas penas.  
Antiguas tecnologías obsoletas.

## VIII

Bombero murió un día martes.  
Le dio un derrame cerebral y lo durmieron.  
Lo cual es una forma higiénica  
de decir que lo mataron.  
Lo cual es,  
a su vez,  
una forma higiénica  
de decir que yo pagué para que alguien lo matara.  
Pero estoy bien.  
Se supone que estoy bien.  
Paso el tiempo.  
Se me olvida.  
Necesito olvidarme.  
Amontonar el tiempo y dejar que se pudra un poco.  
Si pienso mucho en esto,  
le doy vueltas y centrifugo la idea.  
Y de tanto centrifugarla, termino quitándole el agua,  
la liviandad,  
y se convierte en un recuerdo seco.  
Imágenes alegres que resultan tristes.  
Paisajes vacíos, como postales de turista.  
Tarjetas de felicitaciones sin nada escrito.  
Vasos plásticos de un solo uso.  
Historia simples.  
Pequeños dolores.  
Se murió mi perro  
y ahora no sé bien qué se supone tengo que pensar.  
Una amiga me dijo  
“era sólo un perro”.  
Sí.  
Era solo un perro.  
Pero yo soy sólo una mujer.  
Y mi hijo que nunca va a nacer,  
es sólo un niño imaginario.

## IX

Entonces,  
Rosa Gómez Gómez vivió en las calles de París  
hasta que un pintor la recogió.  
Era un paisajista francés que hablaba un poco de español,  
Stèphan Delaroche.  
Rosa,  
con diecinueve años  
y sin nada que perder,  
se dedicó a aprender francés  
y fue adoptada por Stèphan,  
quien en ese tiempo tenía casi treinta años.  
Vivieron una intensa relación de amor.  
Quizás él veía en Rosa a una especie de chica salvaje,  
exótica,  
diferente a las refinadas parisinas  
con sus toques joviales.  
Rosa,  
una chica criada con el abandono y la intemperie,  
era la adoración de este excéntrico caballero.  
El señor Delaroche  
se dedicó a pintar paisajes toda su vida,  
arte que le enseñó a Rosa  
cuando se convirtió en su mujer.  
La primera vez que Rosa tomó un pincel,  
supo que había encontrado lo suyo.  
Rosa primero pintó unas manzanas,  
luego un vaso con frutas,  
después, un tosco autoretrato.  
El estilo de Rosa se depuró con los meses.  
Delaroche estaba encantado.  
Se había enamorado de una pequeña prodigio.  
Los vecinos los veían tomados de la mano,  
cada domingo,  
paseando por la Avenue des Champs-Élysées.  
Disfrutando el aire libre,  
el sol brillante  
y la honesta compañía de otro.  
Disfrutando los chistes que se contaban al oído.  
Alguien los escuchó decirse mutuamente  
“dinosaurio” y “dinosauria”, pero nunca se supo por qué.  
Funciona así, un poco.  
Códigos en común.  
Bromas entre parejas.  
Maneras limpias de saltar la soledad.  
Vivieron una vida feliz,  
al menos durante los tres años en que estuvieron juntos.  
Una noche,

después de una exhibición de pintura un buen amigo,  
Stèphan Delaroche llegó a casa  
con un dolor fulminante en el pecho.  
Rosa lo acostó y llamaron a un doctor,  
pero ya era demasiado tarde.  
Esa misma noche, murió en los brazos de Rosa,  
quien le gritaba,  
desesperada,  
en español,  
que no la dejara sola.  
Y esa es la distancia verdadera.  
En el abismo de la desesperación,  
ambos hablaban idiomas diferentes.  
Delaroche fue enterrado en Père-Lachaise,  
con grandes honores por parte de la comunidad artística local.  
Sus restos descansan,  
irónicamente,  
al lado del homenaje a los anarquistas asesinados  
luego de la Comuna de París.  
Rosa Gómez Gómez quedó viuda recién cumplidos los veintitrés años.  
Fue en ese momento  
cuando comenzó a pintar El Gran Cuadro.

## X

A veces me imagino  
que me encuentro con mi papá en la calle.  
En mi mente  
siempre le pregunto por qué me abandonó,  
pero luego lo pienso  
y seguramente sería lo último que le diría.  
Me gustaría saber si tiene hijos.  
Me gustaría saber si esos hijos comparten su tiempo con él.  
Si les limpió con saliva las heridas  
que se hicieron en las rodillas jugando a la pelota.  
Saber si alguna vez los vio llegar borrachos a casa.  
Me gustaría saber si olvida las cosas, como yo.  
Mi madre lo recuerda todo,  
pero yo olvido hasta la película que vi la semana pasada.  
Pienso que quizás mi padre es así  
y, por lo mismo, se olvidó de mi.  
Me imagino que le gusta la mantequilla con azúcar,  
igual que a mí,  
y nos imagino comiendo tostadas,  
conversando en una cocina caliente,  
riéndonos del mundo a pedazos.  
Hay veces que me imagino que mi padre me saluda,  
que me reconoce.  
Yo no sé quién es él,  
pero me abraza  
y me pide perdón.  
A veces me imagino que está enojado conmigo.  
Pienso que me reta porque nunca lo busqué.  
Pero es que no sé dónde buscarte, papá.  
¿Qué tan difícil es darme una pista,  
algo para empezar?  
¿Cómo voy a reconocerte por la calle,  
si nunca te he visto?  
¿Cómo puedo saludarte, si no te conozco?  
Mi padre no es parte de mi vida.  
No existe.  
Y como no existe,  
lo imagino jugando con mi hijo,  
enseñándole a tocar guitarra.  
Porque mi padre imaginario toca muy bien la guitarra.  
Y mi hijo imaginario aprende rápido de él.  
Se llevan bien.  
Se quieren de verdad.  
Quizás porque son muy parecidos.



## XI

Me voy.  
Necesito hacerlo.  
Sé que para ti da lo mismo,  
porque ya no forma parte importante de tu historia.  
Pero yo tengo que descubrirlo.  
Voy a viajar a Francia.  
No espero que me frenes.  
Alimenta al Pirata.  
Dale de comer.  
Come todos los días.  
Vuelvo en una semana.  
Dos como máximo.  
Cuídalo.  
Morir de hambre debe ser  
una de las peores formas de dejar este mundo.  
Mi lindo Pirata va a estar encerrado  
en mi departamento de Santa Lucía  
casi las veinticuatro horas.  
Va a salir una vez, cuando llegues tú a verlo.  
Es el problema de no tener vecinos amables, mamá.  
No hay a quién pedirle favores  
salvo a aquellos que sabes que no te van a dejar.  
Al Pirata le encanta salir a pasear,  
y cuando lo hace  
es como si fuera él quien te lleva de la correa.  
Vuelvo luego.  
Dos o tres semanas.  
Cuídalo.  
Hazle cariño.  
Dile que es bonito.  
No entiende, pero me gusta pensar que sí.  
Dile cosas lindas porque sí, por deporte.  
Sé que nunca te gustaron los animales  
y nunca tuviste un perro.  
Pero yo no lo elegí.  
Llegó a mí y ahora lo cuido  
porque aprendí a amarlo.  
Dale de comer.  
Se van a entender bien.  
En serio.  
En parte porque ambos son tercos.  
Y en parte porque ambos quedaron solos.  
Supongo que las soledades  
aprenden rápido a hacerse compañía.

## XII

El Gran Cuadro de Rosa Gómez Gómez  
era una historia completa en una imagen.  
Incluía su vida en Talca,  
en Santiago,  
su viaje a Francia,  
su amor  
y su tristeza.  
Una vida completa resumida en un cuadro.  
Todas las personas con quienes conversó.  
Todos los lugares donde estuvo.  
A esta gran obra, Rosa dedicó el resto de su vida.  
Lo terminó a los setenta y ocho años.  
Cuando lo finalizó, murió a los pocos meses.  
Murió tan pobre como había llegado al mundo.  
Gastó toda la fortuna de Stèphan en vivir el resto de sus días,  
pintando sus memorias.  
Las memorias de una adolescente  
que no soportó seguir viviendo sola  
y se armó un Gran Cuadro para hacerse compañía.  
Cuando por fin las completó,  
ya no tenía sentido seguir  
dando vueltas por el mundo.  
Murió en su cama,  
usando su sombrero para salir.  
Rosa Gómez Gómez es la responsable  
de haber pintado el cuadro  
que más años ha sido trabajado  
en la historia del arte conocido.  
Fue, a su vez,  
el referente cultural  
de toda una generación de pintores  
que influenció a las vanguardias norteamericanas desde París.  
Rosa Gómez Gómez  
fue una silenciosa piedra angular del arte moderno,  
y su cuadro es,  
sin lugar a dudas,  
la pieza perdida más importante que existe.  
Eso dicen los especialistas.  
Eso dicen los curadores de pintura.  
Yo no sé.  
No tengo idea.  
No estoy buscándola por amor al arte.  
Estoy aquí porque el Gran Cuadro de Rosa Gómez Gómez  
contiene entre sus imágenes,  
una que me interesa.  
Al borde, cerca del marco,  
un grupo de jóvenes están sentados.

Al medio de ellos hay un tipo con sombrero.  
Ese tipo es mi bisabuelo.  
Esta historia me la contó mi madre  
y me la reafirmó una especialista en historia del arte,  
una de las pocas chilenas que había visto el cuadro.  
Me dijeron que ese grupo de personas  
que están al borde  
son un grupo de chilenos que viajaron a París  
y trabaron amistad con esta excéntrica señora.  
Tenían un idioma en común.  
Tenían una tierra en común.  
Dos soledades que cruzaron caminos.  
Rosa Gómez Gómez  
tenía casi sesenta cuando retrató a mi bisabuelo,  
que eran un jovencito.  
Mi bisabuelo le contó esto por cartas a su padre.  
Esa carta, por algún motivo,  
llegó una vez a las manos de mi mamá.  
Todo esto, claro,  
antes que mi padre la abandonara al quedar embarazada.  
Mi madre me dijo que todos los familiares  
le decían que mi padre era igual a mi bisabuelo.  
“La imagen viva de él”, decían.  
Yo nunca vi a mi padre.  
No tengo una foto de él.  
No he visto nunca a mi bisabuelo, tampoco.  
Mi padre desapareció  
y la familia de él no quiere saber de nosotras.  
No tengo cómo verlo.  
Una imagen.  
Nada.  
No sé cómo era.  
Si lo viera en la calle, no podría reconocerlo jamás.  
Excepto por el Gran Cuadro de Rosa Gómez Gómez  
que contiene la última imagen que existe de mi padre.  
O de alguien muy parecido a él.  
Entonces, por favor, yo le pregunto,  
señora,  
¿sabe dónde puedo encontrar ese cuadro, sí o no?

## XIII

Estaba revisando mi correo  
desde el Starbucks de Rue du Faubourg Saint-Antoine.  
Entonces, me llegó un mail avisando sobre lo de mi madre.  
Una vecina de ella le fue a tocar la puerta  
y mi madre no contestó.  
Quizás salió a comprar, pensó.  
La preocupación se hizo evidente cuando no contestó ese día,  
ni al siguiente,  
ni al subsiguiente.  
Al sexto día de no recibir respuesta,  
la vecina se preocupó y llamó a un cerrajero.  
Recordé que no había llamado a mi madre  
en toda la semana  
porque estaba juntándome con gente de acá.  
Buscando pistas, como un sabueso ciego.  
Así que la vecina me escribió.  
“Después de todo”,  
decía el correo,  
“ya no había nada que hacer”.  
Ella abrió la puerta de entrada y mi madre estaba muerta.  
Un derrame cerebral.  
Murió tirada en el piso de su departamento,  
en la más absoluta soledad.  
Pensé en qué habrá pensado mi madre cuando cayó al suelo.  
Quizás estuvo consciente.  
Me la imagino pensando en que yo voy a llegar luego,  
que voy a entrar  
y la voy a rescatar de su derrame,  
pero nos separan dos continentes y el Atlántico.  
Miles de kilómetros de distancia.  
Dos cuerpos.  
La soledad de mi madre y mi propia soledad.  
La imagino tirada en el living, intentando sobrevivir.  
La vecina me escribió apenas se llevaron a mi madre  
al servicio médico legal.  
“Había muerto hace una semana”,  
decía el correo,  
“al igual que el perro”.  
Y claro, mi pobre Pirata no tenía comida.  
Estaba encerrado en mi departamento,  
Rascando las paredes,  
ladrando,  
chillando,  
haciéndose más débil cada día.  
La vecina tomó las llaves que le dejé a mi madre  
y fue a buscar al Pirata.  
O lo que quedaba de él.

Perdí a mi madre.  
Esa es la historia.  
Perdí a mi madre y ella,  
al morir,  
mató involuntariamente a mi chiquitito.

## XIV

Tengo un café en las manos y la escucho.  
Tengo frío y me tiemblan las manos.  
La veo fumar mientras habla.  
Me dice que el jueves 25 de Octubre del 2005  
comenzaron los incidentes en Clichy-sous-Bois,  
que es un suburbio al este de París.  
Ella me cuenta que la gente  
gritaba justicia por el asesinato  
de dos jóvenes musulmanes de origen africano.  
Al no ser escuchados,  
la rabia comenzó a extenderse.  
Cuando el ministro del Interior,  
Nicolas Sarkozy,  
trató públicamente a los manifestantes de “basura”,  
la ira se tomó las calles.  
Mientras tanto,  
el Gran Cuadro de Rosa Gómez Gómez  
era parte de la colección privada de Arsein Mourchois,  
un devoto amante de la pintura.  
Ella me cuenta que Arsein  
planeaba vender el cuadro en una subasta  
a mediados de Noviembre,  
y lo sacó del enorme marco en que estaba.  
La razón para esto  
fue que el marco del gran cuadro  
estaba en pésimo estado  
y no quería que arruinara la pintura,  
por lo que decidió enrollarlo  
y guardarlo en la parte trasera de su camioneta,  
sólo por esa noche.  
Nadie podía adivinar que,  
precisamente,  
cuando el sol se ocultó esa noche del 3 de Noviembre,  
su camioneta  
sería uno de los quinientos vehículos  
que los manifestantes incendiarían para demostrar su rabia.  
Hace una pausa dramática.  
Tengo ganas de llorar  
pero no lo hago.  
Ella me dice que junto a la camioneta de Arsein Mourchois,  
las llamas consumieron  
parte importante de la historia de la pintura.  
Ella me explica también,  
mientras se sirve otra copa de vino tinto,  
que junto con la camioneta de Mourchois,  
ardió toda memoria del trabajo de Rosa Gómez Gómez.  
El fuego borró su legado

y dejó huérfano el recuerdo de su pintura.  
Del Gran Cuadro no hay ningún registro fotográfico.  
Y así,  
en una noche de sangre,  
fuego,  
rabia  
y clamor por justicia,  
el destino realizó un giro irónico  
e hizo sangrar la memoria de dos países.  
Las heridas las cauterizó el fuego,  
y esa pérdida aún no logra cerrarse del todo.  
La escucho.  
Siento que no estoy presente, pero la escucho.  
Le digo gracias.  
Le digo muchas gracias por su ayuda.  
Y me levanto de la silla del café donde estoy sentada.  
Ella, la crítica de arte,  
me pregunta si necesito algo,  
si estoy bien.  
Le digo que sí, que estoy bien.  
Que necesito salir.  
Tomar aire.  
Que tanto hablar de fuego  
terminó por quemarme un poco el corazón.

## XV

Estoy sentada en una banca del parque Rue de la Roquette.  
Iba a ser un viaje de dos o tres semanas,  
pero llevo casi un mes en París.  
Todos mis ahorros gastados en esto.  
Me encantaría saber qué se hace en estos casos.  
El viento viene hacia mi y me acaricia con tristeza.  
Por algún motivo que no entiendo,  
empiezo a imaginar mi propio funeral.  
Pienso si vendrá alguien o si no habrá nadie.  
Pienso qué pasaría si mi madre estuviese viva.  
Pienso qué sentiría ella si me tuviese que enterrar.  
Nunca voy a saber eso.  
El dolor de una madre.  
Pienso si mi padre se enteraría de mi muerte.  
Sería irónico,  
no verlo en vida,  
pero tenerlo presente en mi entierro.  
Mientras tanto,  
al otro lado de la plaza, bajo un árbol,  
dos abuelitos descansan, sentados.  
Dos ancianos al borde del cementerio.  
Uno de ellos tendrá que morir  
y dejará solo a su pareja.  
Como Bombero y Pirata.  
Como mi madre y yo.  
Las pequeñas pérdidas del mundo.  
Las soledades que vuelven a su estado natural.  
A lo que eran antes de estar juntos.  
Me acerco y les pregunto si piensan en la muerte.  
Les pregunto si se dan cuenta que,  
eventualmente,  
van a estar separados.  
Les pregunto si alguna vez se han abrazado llorando.  
Porque yo no podría.  
¿Qué hacen para quedarse dormidos?  
¿Cómo no tienen pesadillas que,  
eventualmente,  
uno de ustedes va a despertar  
y el otro tendrá los ojos abiertos  
y no estará respirando?  
¿No tienen miedo?  
¿Cómo se le pierde el miedo a la soledad,  
a la única condición certera de esta vida?  
Él me sonrío.  
Ella niega con la cabeza.  
Está comenzando a llover.  
Ambos miran al cielo,



como si tuviesen todo el tiempo del mundo.  
Él saca un gran paraguas y se abrazan.  
Caminan juntos hacia la salida del parque.  
Los veo alejarse y me quedo sola.  
Pensando en la soledad compartida.  
Pensando en los años que pasan.  
Y pensando que no tengo a nadie que me entregue  
un paraguas  
para evitar que el cielo me escupa encima  
por ser así de torpe.  
Camino, empapada,  
hasta la rotonda de Le Cadran Voltaire,  
me pierdo bajo la lluvia,  
hasta que en una esquina encuentro un teléfono público.  
Pienso en engañarme a mi misma  
y pienso en llamar a mi madre.  
Pero saco la tarjeta de mi bolsillo  
y marco otro número.

## XVI

¿Aló?

¿Fernando?

Soy yo.

Escúchame. No sé en qué estás.

Pero necesito que me ayudes.

Escúchame, por favor.

Dime que te gusto.

Dime que soy bonita.

No me importa si es mentira.

Dime que soy bonita,

que soy especial

y que nunca has conocido a nadie como yo.

No me interesa si anoche tuviste sexo

con tu mujer o con tu novia o con quien sea que estés.

No me interesa si la semana pasada

le dijiste “te amo” a otra persona.

Sólo te pido que juguemos a que somos nuevos.

A que yo soy la mujer más hermosa del mundo

y tú eres el hombre de mi vida.

Juguemos a que no vas a desaparecer apenas corte esta llamada.

Dime qué desayuno te gusta.

Pregúntame si hay naranjas en mi departamento

y yo te voy a decir que no tengo

que los espíritus de mis cachorros

nos van a acompañar por las mañanas.

Tú dime que vas a ir a comprar al mercado antes que yo despierte.

Y vas a traer el desayuno a la cama

y yo voy a sonreír

y me vas a encontrar preciosa,

incluso cuando me haya recién levantado.

Dime que no me vas a dejar.

Que no vamos a terminar emborrachándonos con vino barato en mi casa.

Tú, tratando de ser serio

y yo, tratando de ser divertida.

Los dos jugando roles que no sabemos hacer.

Dime que no terminaremos tirando en mi sillón,

incómodos, como delincuentes.

Dime que vamos a estar juntos para siempre.

Aún si el “para siempre” dura dos o tres minutos.

Dime que vamos a ser eternos.

Dime que soy bonita

y que soy especial

y que somos seres únicos en el mundo.

Aún si nos parecemos mucho a alguien

con quien estuvimos la noche anterior

y menos de diez horas después, ya no recordamos su nombre.

¿Estás ahí?

¿Hace cuánto que no te digo algo bonito?  
Olvido todo, todo el tiempo.  
¿De dónde son tus padres?  
¿Qué se siente tener una familia completa?  
¿Qué se siente tener un hijo?  
¿Cómo son tus navidades con él?  
Te contaría como son las mías, pero puede que te aburras.  
Y si te aburres, vamos a dejar de jugar.  
No me escuches.  
Bésame.  
A través del teléfono.  
Bésame.  
Necesito llenar esto que tengo dentro.  
Este vacío.  
Pintar un cuadro en el corazón.  
Un cuadro enorme.  
Crear algo que no se borre tan fácilmente.  
Que no se olvide.  
Que no se pierda producto de las llamas.  
Una historia de amor.  
Un juego.  
Un par de minutos.  
Fingir.  
Hacer como si el mundo fuese nuestro.  
Tengo un lápiz en mi cartera.  
Un lápiz labial.  
Estoy en una cabina telefónica en la Rue Auguste Laurent  
y tengo un lápiz labial  
y la fuerza suficiente  
para dibujar sobre el mundo entero.  
Para hacer un cuadro infinito.  
Un cuadro enorme que incluya  
paraderos abandonados.  
Portones sucios.  
Cafés vacíos.  
Parejas que discuten todo el tiempo.  
Puedo dibujarnos a nosotros.  
Rayar encima de mis notas, de mis textos.  
Déjame un mensaje escondido en un libro.  
Podríamos escribir nuestras iniciales en una pared.  
Hagamos lo que hacen los escolares enamorados,  
aunque no seamos escolares  
ni sintamos nada parecido al amor.  
¿Estás ahí?  
Actuemos.  
Hagamos como si el mundo fuese nuestro.  
Un Gran Cuadro sobre el cual pintar.  
Dibuja en mis ventanas.  
Ráyalas.

Haz un corazón.  
Una madre en el piso.  
Un auto en llamas.  
Un perro encerrado.  
Una pareja de ancianos abrazados bajo la lluvia.  
El falso cielo de primavera.  
Y en el centro,  
mi padre y mi bisabuelo,  
sonriendo,  
jugando con tu hijo Luciano  
y con mi hijo imaginario.  
Mis perros.  
Bombero y Pirata, corriendo por un parque.  
No agonizando, ni muriendo de hambre.  
Sonrientes.  
Felices, porque llegamos de vuelta a casa.  
Moviendo la cola  
porque pensaban que nos habíamos ido,  
pero hemos vuelto.  
Y nos abrazamos, llorando.  
Somos un grupo de soledades que se juntan.  
Continentes completos que se aman con locura.  
Paisajes infinitos.  
Invisibles.  
Del tamaño de una vida entera.  
Dibújame una vida nueva.  
Toma mi lápiz labial y hazme partir de cero.  
¿Qué tal difícil puede ser?  
¿Fernando?  
¿Estás ahí?